

LEONARDO PADURA  
LA TRANSPARENCIA DEL TIEMPO

TUSQUETS  
EDITORES

Padura, Leonardo

La transparencia del tiempo / Leonardo Padura. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :  
Tusquets Editores, 2018.  
448 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-670-500-4

1. Narrativa. 2. Novelas Policiales. I. Título.  
CDD Cu863



EDICIÓN NO VENAL  
EXTRACTO

1.<sup>a</sup> edición española: enero de 2018  
1.<sup>a</sup> edición argentina: febrero de 2018

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Todos los derechos reservados

© 2018, Leonardo Padura

© 2018, Tusquets Editores S.A.  
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.  
info@tusquets.com.ar

ISBN: 978-987-670-500-4  
12.000 ejemplares  
Impreso en Primera Clase,  
California 1231, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,  
en el mes de diciembre de 2017

Hecho el depósito que previene la Ley 11.723  
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

4 de septiembre de 2014

La luz rotunda del amanecer tropical, filtrada por la ventana, caía como el haz teatral proyectado sobre la pared de donde pendía el almanaque con sus doce cuadrículas perfectas, distribuidas en cuatro hileras de tres rectángulos cada una. Los espacios del calendario originalmente habían sido cromados con tonos distintivos entre el verde juvenil de la primavera y un vetusto gris invernial, un juego que solo un diseñador muy imaginativo podría asociar con algo tan inexistente en una isla del Caribe como las cuatro estaciones del año. Con el paso de los meses, algunas cagadas de moscas habían contribuido a decorar la cartulina con erráticos puntos suspensivos; varias tachaduras y los colores cada vez más fatigados testimoniaban la utilización práctica del impreso y la exposición a la luz de esmeril que cada día lo asolaba. Trazos de geometrías diversas y caprichosas, grabados alrededor, en los bordes, incluso sobre la superficie de ciertos números, remitían a recordatorios en su momento invocados, luego quizás olvidados, nunca cumplidos. Marcas del paso del tiempo y advertencias a una memoria en fase esclerótica.

Los guarismos encargados de especificar el año corriente, en el borde superior del calendario, habían recibido una atención muy especial, con varias señales crípticas, y la cifra precisa encargada de indicar el noveno día de octubre aparecía encerrada entre varios signos de perplejidad, más que de admiración, rayados con saña y con un bolígrafo de tinta negra, apenas un poco más tenue que la utilizada por los impresores para fijar las letras y los números en

la cartulina. Y junto a las admiraciones, la cifra mágica de resonancias numerológicas, de recurrencia perfecta, en la que nunca antes él había reparado: 9-9-9.

Desde que comenzara aquel año lento, turbio, aceitoso, Mario Conde había tenido una tormentosa relación con las fechas en curso. A lo largo de su vida y a pesar de haber sido siempre tan histórico, recordador y obsesivo, en general le había prestado poca atención a la conexión de las huellas y aceleramientos del tiempo con lo que esos hitos y velocidades implicaban, como muescas precisas, para su propia vida y para la vida de quienes lo rodeaban. Con demasiada y lamentable frecuencia olvidaba edades y cumpleaños, aniversarios de boda, datas de acontecimientos baladíes o intensos que para otras personas serían (o eran) memorables: como celebración, duelo o como simple marca en los cíclicos cumplimientos de los devenires vitales. Pero la evidencia alarmante de que entre los trescientos sesenta y cinco días delimitados por las cuadrículas de aquel calendario barato se agazapaba al acecho el día para él todavía inconcebible, aunque amenazadoramente definitivo y real, en que cumpliría los sesenta años le había provocado una persistente conmoción que crecía con la proximidad de la efeméride: 9-9-9. La evidencia de una cantidad tajante, incluso de sonoridad obscena (sesenta, sesenta, algo se desinfla y estalla, sse-sssen-ta), se le había presentado como una ratificación incontestable de lo que su físico (rodillas, cintura y hombros oxidados; hígado envuelto en grasa; pene cada vez más perezoso) y su espíritu (sueños, proyectos, deseos mitigados o para siempre extraviados) iban sintiendo desde hacía algún tiempo: la obscena llegada de la vejez...

¿De verdad ya era un viejo? Para intentar saberlo, de pie ante el almanaque adornado con un paisaje borroso y crucificado con un par de clavos hundidos en la pared de su cuarto, Conde respondía a su interrogación con nuevas preguntas: ¿su abuelo Rufino no era un viejo cuando, a sus sesenta años, lo llevaba a las gallerías de la ciudad y sus alrededores y le enseñaba las artes y mañas de la lidia? ¿Acaso a Hemingway no le decían el Viejo desde unos años antes de su suicidio, a los sesenta y tres? Y Trotski, ¿no era El Viejo cuando a los sesenta y dos Ramón Mercader le abrió en dos el

cráneo de un estalinista y proletario pioletazo? Para empezar, Conde conocía sus limitaciones y se sabía muy distante de su pragmático abuelo, de Hemingway, de Trotski o de otros ancianos célebres gracias a razones justas o espurias. Por ello sentía que, aun cuando se abocaba a la cifra dolorosa, redonda y decadente, tenía razones de sobra para no pretender ser un Viejo, con derecho a la mayúscula, sino que apenas se estaba convirtiendo en un viejo de mierda, categoría más que merecida en su caso, en la escala de las senectudes posibles y clasificadas con celo académico por la muy seria ciencia geriátrica y la empírica sabiduría de la filosofía callejera.

En mañanas como aquella, sofocantes desde el amanecer e inauguradas con la atención detenida sobre el calendario, esos cruces perversos de la aritmética, las estadísticas, la memoria y la biología solían invadirlo con una angustia creciente. El efecto intelectual de la relación se manifestaba a través de una certeza punzante. Porque incluso en el mejor de los casos (que en el suyo apenas implicaba el hecho de seguir vivo, si su hígado y pulmones lo acompañaban) ante él se erguía la evidencia numérica de haber gastado ya las tres cuartas partes (quizás más, nadie lo sabe) del tiempo máximo que pasaría en la tierra y la firme convicción de que el último plazo probable no iba a ser para nada el mejor. Él sabía a la perfección que ser viejo —incluso sin llegar a ser un viejo de mierda— resulta una condición horripilante por todo lo que conlleva, pero, muy en especial, por arrastrar consigo una amenaza insobornable: la cercanía numérica y fisiológica de la muerte. Porque dos y dos son cuatro. O mejor: cuatro menos tres es uno..., solo uno, un cuarto de vida, Mario Conde.

Dolores físicos y frustraciones existenciales aparte, la bandera roja visible en un horizonte que podía acercarse o alejarse, pero nunca desvanecerse, lo había atenazado con mayor rigor esa mañana. Urgido por sus necesidades urinarias y de supervivencia, enfrentó la decisión de abandonar la cama, apartar los deseos de hundirse en la lectura de un buen libro (¡todavía le quedaban tantos por leer y cada vez menos tiempo para vencerlos!) y hasta una persistente apetencia de lanzarse a la escritura propia. Por ello, luego de expulsar la abundante y fétida orina matinal, comenzó el

cada vez más arduo proceso de acorazar su ánimo para disponerse, otra vez, a hacer su mejor esfuerzo y tratar de impedir que la llegada impostergable de la muerte se anticipase y produjese por el simple camino de la inanición. En fin: que debía salir a la puta calle, a la concreta, a buscarse la vida que le quedaba para retardar en lo posible la llamada fatal y olvidarse de sus pajas mentales pseudofilosóficas o literarias.

Mientras bebía el café y miraba con odio la malvada cajetilla de los cigarrillos a los que no había podido ni querido renunciar, observó el sueño apacible de su perro, el antes huracanado *Basura II*, a quien los años vividos también habían vuelto lento y hasta más hogareño. En los últimos tiempos el animal, siempre enamorado y callejero, dormía siestas prolongadas y comía con menos furia, haciendo evidente su propia vejez, visible en el encanecimiento de su hocico, en la opacidad de su mirada exigente y en el oscurecimiento de su dentadura... ¡Qué desastre!, se dijo y, dedicado a acariciar la testa y las orejas de su perro, trató sin demasiado entusiasmo de comenzar a planificar su jornada. El ejercicio le resultó tan fácil que le sobró tiempo para seguir filosofando cuando ya absorbía las bocanadas de su primera dosis de nicotina del día. Porque, como cualquier otra mañana, saldría a patear la ciudad en busca de libros viejos en venta, luego comería alguna cosa digerible por la calle o algo mucho más sustancioso si se dejaba caer por la casa de Yoyi el Palomo, su socio comercial. Más tarde, con ron o en sobriedad, pasaría por la casa de su amigo el Flaco Carlos para cerrar la jornada pernoctando en los dominios de Tamara, a la que le había regalado dos días de ausencia injustificada. El panorama no parecía demasiado novedoso, aunque tampoco lamentable: trabajo, amistad, amor, todo un poco desgastado, también envejecido, pero aún sólido y real. Lo jodido, reconoció ante sí mismo, era su estado de espíritu, cada vez más marcado por la tristeza y la melancolía, y no solo por el peso de su edad física o la temida cercanía de un aniversario de mal sonido y peores consecuencias, sino por la certeza de su exultante frustración vital. Al borde de los sesenta años, ¿qué tenía?, ¿qué legaría? Nada de nada. ¿Y qué le esperaba? La misma nada al cuadrado o algo peor. Esas eran las únicas respuestas a su alcance para

cada una de tan simples y pegajosas interrogantes. Y, para mayor desasosiego, también las únicas que podía regalarse tanta gente, conocida o desconocida, ubicada en su edad y colocada en su tiempo y espacio.

Ya vestido, después de darle algunas sobras de comida a *Basura II* y otra tanda de caricias útiles para sacarle un par de garrapatas, cuando se dispensaba la tercera y última taza de la infusión escurrida de su cafetera italiana, incluso con el ánimo algo mejorado, lo sobresaltó el timbre del teléfono. Desde hacía un tiempo, las llamadas a primera o última hora del día disparaban sus alarmas. Con tantos viejos como él a su alrededor, cualquier llamada podía llegar para anunciar algún final o presagio de final.

—¿Sí? —preguntó, a la expectativa, siempre temiendo lo peor.

—¿Es la casa de Mario Conde? —dijo una voz lenta, indagadora, difícil de definir, pensó que desconocida.

—Ajá —afirmó, más expectante, y exigió—: Diga.

—A ver, ¿va que tú no sabes quién te habla?

La tensión se desinfló. Esa precisa interrogación telefónica siempre conseguía alterarle los nervios de una forma que a veces lo abocaba a la violencia asesina. Y ese día, luego de haber disfrutado de un amanecer tan sartreano, lo aguijoneó como un miura.

—¿Cómo cojones usted pretende...?

—Ay, chico, perdona —rogó la voz, ahora rápida y decidida, que se apresuró a añadir—: Soy Bobby, Bobby Roque, el del pre..., ¿te acuerdas?

Conde cerró los ojos, asintió, sonrió, negó, al tiempo que percibía entre sus neuronas el nítido aletear de nostalgias remotas, casi extraviadas, perfumadas con el olor turbio y a la vez amable del pasado. Sí, claro, se acordaba.

Roberto Roque Rosell. Ro-Ro-Ro... La confluencia de sus dos apellidos había sido rematada con su nombre, Roberto, para que con todas aquellas erres y oes, rotundas, robustas, roncadas, su virilidad quedase expresada, rutilante desde la nominación que lo acompañaría por la vida, bajo el precario precepto de que el nombre

también hace al hombre. Tal vez por ello —o mejor: para ello—, sus padres se negaron a llamarlo Robertico, Robert, Robby, sino siempre, desde la cuna, cuando era un bebé rollizo, lo apodaron Robertón, confiados en que con su andadura por la vida y su estampa, que presumían imponente, honraría al apelativo y justificaría todas las ilusiones de sus progenitores... Quince años después de su bautismo, cuando Conde coincidió con él en una de las aulas del preuniversitario de La Víbora —las mismas donde conoció al Flaco Carlos, a Andrés, al Conejo, a Candito el Rojo y, por supuesto, a Tamara y hasta a Rafael Morín—, aquel muchacho delicado y famélico, dos o tres pulgadas más alto que el resto de sus compañeros (aunque con menos libras de las necesarias para redondear su desgarbada estampa), en que se había convertido Roberto Roque Rosell no era conocido como Robertón, para frustración de sus padres, sino como Bobby. Y no porque Bobby fuera uno de los diminutivos anglómanos posibles, tan de moda en aquellos años, y ni siquiera por el hecho de que corrieran los tiempos de mayor celebridad excéntrica de Bobby Fischer. Bobby debía ser Bobby porque el mote tenía el sabor semántico que mejor cuadraba con los rasgos más notables de la personalidad de su dueño: a sus quince, dieciséis años, el antes pretendido Robertón era medio bobo y un poco demasiado lánguido —o más bien medio maricón, para los ásperos códigos lingüísticos y culturales de Conde y su tribu.

A pesar de que nunca habían sido lo que se dice amigos, la coyuntura de que por un par de años coincidieran en la misma aula creó cierta cercanía entre Conde, Carlos, el Conejo y Andrés con el evanescente Bobby, con quien en realidad no tenían mucho en común. Y es que a Bobby ni siquiera le gustaba hablar de pelota, y en los turnos de clases dedicados al estudio de materiales políticos se comportaba como un cancerbero ideológico repetidor de consignas, y en cuestiones de música era tan anormal como para preferir a una tal María Callas antes que a Los Beatles y hasta Creedence. Sin embargo, la capacidad del muchacho para las materias científicas lo convirtió en una joya preciada a la cual acudieron sus congéneres durante los apresurados repasos de esas empedradas asignaturas el día antes de los exámenes. Conde y sus amigos lo



habían acogido entonces como una especie de monitor, relación a cambio de la cual le ofrecían a Bobby cierta protección de las posibles y frecuentes crueldades y burlas de otros compañeros de estudio, por lo general dispuestos a machacar cualquier manifestación de debilidad o de gusto ipor María Callas!

Por esos tiempos Conde y sus amigos varias veces lo hablaron, lo discutieron, lo analizaron en colectivo y llegaron a la conclusión de que Bobby aún no era homosexual, pero que al primer traspié que sufriera terminaría ensartado. Y no sería con una flecha lanzada por Paris o Pándaro, como los héroes griegos de la *Ilíada*, de los cuales Bobby solía hablar como si los hubiera conocido en persona. «¿No les parece rarito que le guste tanto Aquiles, eh?», solía preguntar el Conejo, más devoto de los troyanos que de los cornudos aqueos. Por su lado el Flaco Carlos, que en esa época era muy flaco y además tan samaritano como lo sería por el resto de su vida, pretendió incluso alejar a Bobby del tropezón fatal. Se asignó como tarea buscarle una fémica salvadora entre las amigas de Dulcita, su novia de aquel y de otros tiempos, aunque su gestión no tuvo éxito: ni unas (las amigas de Dulcita) ni otro (Bobby) se mostraron demasiado dispuestos a optar por esa solución carnal, y pronto Bobby y las muchachas terminaron siendo amigos y hasta confidentes de esos que hablan en susurros, con risitas y tomados de las manos.

Cuando terminaron el pre y se dispersaron por las distintas facultades universitarias, Conde siguió viendo a Bobby, ya con menos frecuencia. A veces se topaban en el comedor universitario, en alguna oportunidad coincidieron en uno de los recurrentes mítines políticos de obligatoria asistencia organizados por la Federación de Estudiantes, en ocasiones viajaron en la misma guagua. En cada encuentro se saludaban con afecto, casi con alegría por parte de Bobby, sin hablar demasiado, quizás porque sus mundos particulares se habían distanciado y ambos sentían que tenían menos de que hablar. Para sorpresa de Conde —que esa misma noche remota les había revelado el hallazgo a sus amigos—, una tarde se había topado con Bobby en un bar cercano a la universidad donde en las tardes era posible concretar el milagro habanero de conseguir cerveza. Y Bobby no solo estaba allí bebiendo los ansiados

*láguers*, sino que lo hacía acompañado de una mujer a la cual presentó como su novia. Aunque en opinión de Conde la muchacha no era nada cercano a una belleza —mucho más baja que Bobby, algo gordita, con un aspecto y gestos que al antiguo compañero, quizás por sus prejuicios, le resultaron un tanto rudos—, los viejos colegas de Roberto Roque Rosell se alegraron por la conquista de Bobby. Solo el Conejo, siempre dialéctico e histórico, opinó que ese acontecimiento en realidad no significaba nada definitivo: el viejo Bobby bien podía ser ambidextro, ¿verdad? ¡Como Aquiles, el de los pies ligeros!

Durante el encuentro, que llegaría a ser memorable, Bobby se había mostrado exultante y feliz, pues celebraba su ingreso en la selectiva y honrosa Juventud Comunista. Por ello invitó al ex compañero del pre a compartir un par de cervezas con él, con su rojo carnet de militante (¡Estudio, trabajo, fusil!) y con su novia (¿Yumilka?, ¿Katiuska?, ¿Matrioska?), a la que besaba con demasiada frecuencia y saliva... Y luego el muchacho se había esfumado, como el fantasma de una ópera... Pudo haber sido en el año 1978, el mismo en que Conde, al terminar el tercer año de la carrera, se vio obligado a dejar sus estudios y, para no morir de hambre y de manera imprevista (también imprevisible), debió aceptar el desafío de ingresar en la academia de policía y darle una torcedura radical a lo que (siempre lo pensaría) pudo haber sido su vida. Desde entonces Bobby había desaparecido casi por completo hasta de la mente de Conde, adonde solo regresaba cuando en alguna reunión en la que él y sus amigos se revolcaban en la nostalgia, podía cruzarse el espectro de ese personaje inclasificable. ¿Qué coño habría sido de Bobby?... ¿Se habrá ido para el Norte como tanta, tanta gente? No, Bobby no, el guardia rojo no... ¿O sí, él también, como otros presuntos ortodoxos que mutaban de ortodoxia?

Por eso, cuando la estampa de un ser andrógino, con el pelo teñido de rubio cenizo, un arete en el lóbulo de la oreja izquierda, las cejas delineadas y la sonrisa rutilante alumbrando un rostro ya marcado por unas arrugas rebeldes entró por la retina de Conde, su cerebro no fue capaz de establecer la conexión con la última imagen almacenada de Bobby: una cerveza en una mano, los ojos desbordados de alegría y orgullo militante y varonil, un brazo sobre

los hombros de ¿Yumilka? ¿Svetlana? Conde supo que debía, tenía que ser él porque luego de hablar por teléfono habían quedado en verse a aquella hora («perfecto, a las cinco de la tarde»), en la casa de Conde («sí, la misma casa de siempre..., más vieja y más jodida..., como todo, como todos»).

—¡Ay, tú, pero si estás igualito...! —comenzó a decir el recién llegado, mientras su anfitrión aún sostenía el pomo de la puerta, exhibiendo su mejor cara de comemierda asombrado.

—No me ofendas, Bobby —replicó el otro cuando pudo reponerse del *shock* visual—. Si hace cuarenta años tenía esta jeta que tengo ahora..., estaba muy jodido... Pero tú sí que has cambiado.

—¿Verdad que sí? Dime, ¿qué te parece mi *look*? —preguntó, y luego agregó en voz baja—. *¡Made in Miami*, mijo!... La verdad es que ahora me tiño para esconder las canas... A la vejez... *Vade retro!*

Conde sintió que no solo se había producido un gran cambio en el *look* de Bobby, tan estrafalario y a la vez increíblemente más armónico. Su personalidad también había cambiado, y apenas las dos frases cruzadas y la afeminada desenvoltura física del recién llegado lo advertían con claridad. Y no pudo dejar de pensar que el hecho de asumirse como lo que siempre fue o quiso ser parecía haber liberado a Bobby de su compacta timidez, pues la persona en la cual se había convertido exhibía un desenfado por completo ajeno a su ensimismada imagen de joven reprimido, casi diríase que comprimido: como si hubiera roto amarras y en realidad fuese otra persona. Los beneficios de la libertad.

—Te veo bien —admitió Conde, todavía bajo los efectos de la conmoción, y se movió hacia un lado para dejarle paso al visitante—. Ven, entra. ¿Entonces ahora vives en Miami?

—No, no —aclaró el otro—. El *look* y el tinte son de Miami..., el resto, ciento por ciento cubano... Hablando de tintes, a ti te vendría bien uno... Mira esas canas... ¡Un castaño oscuro!

Antes de cerrar la puerta, Conde miró hacia uno y otro lado de su calle. No le gustaba demasiado la idea de que la gente del barrio lo viera meter en su casa a aquel personaje, aunque a la altura de sus años nadie podría pensar de él peor de lo que ya pensaban. Avanzó hacia la cocina, le ofreció una silla a Bobby y él se acercó

al fogón para encender la hornilla sobre la cual reposaba la cafetera preparada.

—¿Quieres agua? —le preguntó a Bobby, que lanzaba un gesto de cansancio mientras se enjugaba el sudor.

—¿Es mineral? ¿Está hervida?

—¿Mineral? ¿Hervida? ¿El agua? —preguntó Conde.

—Deja, deja... Yo traigo aquí la mía. —Y Bobby abrió el bolso de muchos colores que cargaba en bandolera para extraer una botella de agua etiquetada y un sobre de Manila que colocó sobre la mesa—. Hay que cuidarse..., los bichos, los virus, toda la morralla que anda en el ambiente. ¡El cólera! ¡El ébola! ¡El chikungunya!... Da horror nada más el nombre de esa mierda. Siento punzadas en el cerebelo...

—Tienes razón —dijo Conde—. El año que viene empiezo a hervir el agua...

—Ay, chico, tú como siempre... más...

—¿Más qué?

Bobby lo pensó un instante antes de responder.

—Más machista...

—Coño, Bobby, ya no soy ni eso... Ahora soy hipertenso y por no hervir el agua debo ser suicida...

Se acercó al fogón y comprobó que la cafetera estaba terminando de colar.

—¡El mío sin azúcar! —le advirtió Bobby cuando bajó el artefacto del fuego.

—¿Café sin azúcar?

—Hay que cuidarse... Nos estamos poniendo viejos...

—Ni me hables de eso —dijo Conde, y le entregó su taza al ecológico visitante y se puso azúcar en la suya. Mientras bebían el café, se atrevió a realizar un examen más detenido del antiguo compañero. Bobby seguía pareciéndole una persona distinta a la que había conocido tantos años atrás. Era y no era Bobby. Había engordado algo, no demasiado, solo lo suficiente para lucir mejor proporcionado, aunque el rostro se le había aflojado, en parte por los años pero, supuso, también por un estado de espíritu diferente. Y, lo que todavía era capaz de asombrar a Conde: además del arete, el pelo decolorado y teñido y las cejas delineadas, el ex com-

pañero exhibía en una muñeca el pulso de cuentas azules y de vidrios traslúcidos con el cual proclamaba su iniciación en la santería, la pragmática religión africana capaz de resistir todos los embates del cristianismo colonial, de la moral burguesa republicana y, en los últimos quinquenios, la ofensiva marxista-ateísta. Así que Bobby el militante había devenido santero...

—Dime algo de tu vida... —le pidió a Bobby.

Violando con toda seguridad alguna regla sanitaria de su visitante, Conde encendió uno de sus cigarros, soltó el humo y se dispuso a escuchar.

—¡Han pasado tantas cosas, Conde...! —dijo el otro, y movió una mano con el más afeminado de los gestos—. Es que ni sé por dónde empezar, chico...

—Por donde más roña te dé —le propuso y agregó—: Por ese arete y el pelo rubio no sé qué...

Bobby sonrió con cierta tristeza.

—Rubio cenizo... Es una historia laaaaarga laaaaarga, pero te la voy a hacer cortica... Me casé, tuve dos hijos, que ya son unos hombres, hombres hombres, por cierto...

—¡Qué bien!... —Conde no salía de su asombro—. ¿Te casaste con aquella muchacha de la universidad? ¿Yumilka?

—¡Katuska! —exclamó Bobby y de inmediato agregó—: ¡La hija de puta de Katuska! ¿Cómo tú te acuerdas de ella?

—¿Qué te hizo Katuska? Con lo fea que era, ¿te pegó los tarros? —preguntó Conde para evitar responder.

Bobby lo miró con un desvalimiento en los ojos que, por primera vez, le permitió al ex policía encontrar en la imagen que tenía frente a sí el fantasma del joven viscoso a quien había conocido muchos años atrás: un aire de desconuelo con algo de tristeza, mucho de fragilidad y demasiado miedo.

—No, no me pegó los tarros ni me casé con Katuska. Katuska me jodió la vida... o me la salvó, no sé... Pero esa no es la historia que quería contarte... Nada, te resumo el currículum: cuando terminé la universidad me casé con Estela, Estelita, la madre de mis dos hijos. Y todo iba muy tranquilo cuando conocí a Israel en un negocio en que yo andaba y... ¡exploté!... ¡Me enamoré como un perro, no, como una perra ruina!

Conde pensó: a lo mejor toda la gran historia de Bobby se resumía en una liberadora salida del armario.

El visitante sorbió el fondo de su taza de café e indicó a Conde la cajetilla de cigarros.

—¿Esto no hace daño?

—Hace —dijo Bobby—. ¡Pero me han dado unas ganas!...

Bobby encendió el pitillo que le entregó Conde y exhaló el humo, haciendo muy ostensible el placer que le provocaba la acción.

—Oye, Conde..., ¿y por fin has escrito algo?

—Sí, por ahí tengo algunas cosas —dijo, porque era cierto, pero sin saber la razón, adornó la afirmación con colores falsos, como si precisara una justificación ante el mundo—. Estoy viendo si preparo un libro... Pero deja eso, sigue tu historia.

—Y nada..., me separé de Estelita, me fui a vivir con Israel, y estuvimos juntos como diez años, hasta que él se fue para Miami, porque ya no soportaba más el calor...

—Dicen que en Miami también hace un calor del carajo... ¿No es verdad?

—Ay, chico, lo del calor es un decir... Israel no soportaba más..., ya tú sabes, la situación, la cosa... —E hizo un gesto como si diera forma a una enorme esfera capaz de abarcarlo todo.

—Ajá, la cosa —admitió Conde—. ¿Y?

—Y nada, lo de siempre..., he tenido varias parejas, hasta que hace como dos años conocí a Raydel y... ¡me volví a enamorar como una perra ruina, loca y, de contra, vieja!

—Es bueno estar enamorado —admitió Conde, siempre tan propenso a caer en aquel estado de gracia e indefensión..., aunque en su caso solo había sido de mujeres y, desde hacía muchos años, de una misma mujer.

—Pero peligroso, muy peligroso... Por eso estoy aquí.

—¿Porque estás enamorado?

—Por las consecuencias...

—Empiezo a entender menos.

Bobby aplastó el cigarro a medio fumar en el cenicero luego de darle una última y golosa calada, justo cuando Conde tomaba otro y le daba fuego.

—A ver, a ver cómo te explico... —Bobby se pasó la mano por sus cabellos decolorados y pestañeó varias veces—. ¡Es que esto es terrible, chico! A Raydel lo conocí en la casa de mi padrino —comenzó, y se tocó el pulso de cuentas brillantes atado a la muñeca, para luego inclinarse hacia un lado y poner las yemas de los dedos en el suelo y por último llevárselas a los labios—. Ya hace dieciocho años tengo hecho santo... Yemayá...

—¿Pero tú no eras de los materialistas históricos y dialécticos? —le preguntó Conde, que había seguido en inquisitivo silencio el ritual de Bobby y no podía evitar cebarse en coyunturas como aquella: machacar un poco a antiguos repetidores de consignas y lemas de manuales de marxismo que después terminaban militando en los cultos afrocubanos, primitivos y, por supuesto, opiáceos, como todas las religiones, dicen que Marx *dixit*.

—Conde, yo fui un enmascarado..., como casi todos. A mí me tocó esconder toda mi vida que era maricón de la cabeza a los pies, y que creía en Dios y en la Virgen Santísima... Y me pasé los primeros cuarenta años de mi vida fingiendo, reprimiéndome, torturándome, para que mis padres, para que ustedes, mis compañeros, para que todo el mundo en esta patria machista-socialista creyera que yo era lo que debía ser y no me ríparan la vida: un joven ejemplar, varón y militante, ateo y obediente... Tú no te imaginas lo que fue mi vida, qué va...

Conde no se atrevió a hacer algún comentario. Sabía mucho de los ocultamientos y de las presiones que había debido resistir tanta gente para poder vivir en una sociedad empecinada en regir todos los comportamientos éticos, políticos, sociales, y en reprimir, con rigor y hasta con saña, cualquier manifestación de diferencia. Y Bobby parecía haber sido una víctima perfecta.

—Bueno, lo que te decía..., conocí a Raydel en la casa de mi padrino. Raydel estaba recién llegado de Palma Soriano, allá por Santiago de Cuba, y andaba metido en el negocio de vender animales a los santeros... Tenías que haberlo visto: un trigueñito, con unos ojazos, unas pestañotas, una boca...

—No sigas —intervino Conde—, con eso basta. Ya, te enamoraste. ¿Y?

—Le di un buen baño para quitarle la peste a chivo que tenía

y me enredé con aquella preciosura. Después me lo llevó a mi casa. Vivimos juntos desde hace dos años, como si fuera un sueño..., y, bueno, en eso Israel me invitó a ir a Miami y los señores imperialistas americanos se volvieron locos y me dieron la visa. Me fui para allá dos meses, a ver a Israel y de paso a tratar de arreglar cosas de mi negocio...

—¿Porque tienes un negocio? —Conde arqueó una ceja: su viejo compañero le estaba resultando insondable. También mercader.

—Sí, de compra y venta de objetos valiosos, obras de arte, joyas, cosas caras...

—Y cuando volviste te encontraste con que Raydel había volado con todo lo que pudo...

El asombro de Bobby fue patente. Pestañeó muchas veces, como si no creyera lo que había oído.

—Coño, Bobby —el otro regresó en su auxilio—, yo no soy santero, pero acuérdate de que fui policía diez años... Estoy seguro de que si me buscaste y estás aquí es porque te pasó algo jodido...

Bobby asintió, con mayor tristeza reflejada en el rostro.

—Se lo llevó todo, Conde, todo... Joyas, el televisor, los bombillos de la luz y las cazuelas!

—¡Cojones!

—Por suerte, antes de irme yo vendí muchísimas cosas para tener dólares y llevármelos a Miami para preparar algunos negocios que ahora dejé montados allá... Pero Raydel trajo un camión e hizo una mudada... ¡El colchón! ¡La jarra de hervir el agua para matar los bichos!

—¿Y tú lo denunciaste a la policía?

Bobby comenzó a negar con la cabeza, como si seopusiera a algo muy recóndito.

—¡Todavía estoy enamorado, chico!... Si lo denuncio, lo meten preso y...

Conde lanzó por la ventana la colilla de su cigarro. Se impuso no juzgar a Bobby y sus debilidades amorosas, pues él mismo había hecho varios disparates con las suyas. O todos los disparates..., aunque siempre con mujeres, se advirtió —machista— otra vez a sí mismo.



—¿Y cuándo fue que regresaste de Miami?

—Hace... ocho días —calculó Bobby.

—¡Uf, ocho días es un siglo...! ¿Y... y qué tú quieres que yo...?

—empezó Conde pero se detuvo, alarmado, al entender al fin lo que estaba ocurriendo y cambió el rumbo—. Coño, Bobby, ¿cómo tú me localizaste?

—Por Yoyi el Palomo, claro... Yo le pedí que no te dijera nada, para darte la sorpresa...

Conde observó a su ex compañero de estudios no como si ahora fuese un gay teñido y depilado, un creyente y hasta un comerciante con tentáculos en La Habana y en Miami, sino un extraterrestre.

—¿Y de dónde tú conoces al Palomo?

—Del negocio...

Era Conde quien negaba ahora con la cabeza. Cada vez entendía menos. O más.

—A ver, Conde —trató de razonar Bobby—. Dos o tres veces yo he hecho negocios con Yoyi, de libros valiosos y algunos cuadros de pintores cubanos. Y cuando él se enteró de lo que me había pasado, como ya sabía que tú y yo nos conocíamos del pre, que éramos amigos..., me recomendó que viniera a verte. Dice que aunque ya no eres policía tú a veces te dedicas a encontrar gentes y cosas... Y como yo tengo confianza en ti...

Conde no tuvo más opciones que sonreír: por lo pequeño que era el mundo para que Bobby terminara siendo, por vía de su socio el Palomo, el comprador de algunos libros valiosos que él mismo había conseguido localizar en sus cacerías habaneras; porque su cofrade comercial funcionara además como su agente promotor para un trabajo de detective privado, y porque, en honor a los viejos tiempos, lo halagaba escuchar a Bobby afirmar que eran amigos y confesar que tenía confianza en él.

—Coño, Bobby, pero tú estás loco en hacerle caso al Palomo...

—Ay, mi amigo, tienes que ayudarme —lo interrumpió Bobby tomándole una de las manos con las dos suyas—. Yo no quiero denunciar a Raydel, ni siquiera espero que me devuelva algunas cosas valiosas..., pero mi Virgen de Regla...

—¿El tipo cargó hasta con los santos?

—Ya te dije que con todo, Conde, con todo... Menos con los collares y los mantos de Yemayá. Parece que cogió miedo y ni tocó eso... Pero la imagen de la Virgen de Regla sí se la llevó.

—Y tú quieres recuperar una virgen que puedes comprar en cualquier tienda...

—¡No es una virgen cualquiera, Conde! Es la mía, ¡la mía!... ¡Es mi madre!... —Bobby suspiró, como si estuviera muy afectado—. Imagínate, esa Virgen de Regla era de mi abuela, a ella se la regaló su papá cuando era chiquita. Y cuando me fui a hacer el santo, y salió que tenía que recibir a Yemayá, que también es la Virgen de Regla, ¿sabes?, ella me la regaló... No, chico, no es una virgen cualquiera... Mira, mira qué belleza.

Bobby, incluso con un leve temblor en las manos, asió el sobre de Manila que había acomodado en la mesa y sacó dos fotografías a color de 5 × 7 centímetros. En una aparecía él mismo, algunos años más joven, vestido de blanco y con el cuello cargado de collares rituales, ante un pequeño altar de pared donde se destacaba la efigie de una Virgen, de rostro y extremidades negras, sentada en una silla con reminiscencias de trono, en una postura majestática, y ataviada con una capa azul, fileteada de blanco plata. Sobre la testa, una coronita de oro, superpuesta a lo que parecía una especie de tocado de aire regio. De pie, sobre su muslo derecho, rodeado por su brazo, un niño Jesús, tan negro como ella, aparecía inclinado hacia el pecho materno, mientras sostenía una esfera en su mano izquierda y levantaba la derecha. El brazo derecho de la virgen, por su lado, parecía extendido hacia el frente, pero Conde no vio la mano de la figura. Tomando como referencia el cuerpo de Bobby, calculó que la efigie debía de tener unos cuarenta o cincuenta centímetros, lo que la hacía algo mayor que muchas de las imágenes fabricadas en serie, dedicadas a poblar altares domésticos.

—¿A la virgen le falta la mano derecha?

—Sí, parece que se le partió en algún momento. Yo siempre la recuerdo así, sin esa mano... Pero, dime, querido, ¿no es linda?

La otra foto era un retrato de tres cuartos de la virgen: ahora Conde observó mejor sus facciones, sin duda más mediterráneas que africanas a pesar de su negritud, con un reflejo verde o azu-

loso bastante desvaído en los ojos, quizás algo rasgados. Su rostro era de una belleza apacible y profunda que, desde la madera negra y brillante, conseguía transmitir una patente sensación de bondad y, a la vez, de hierática firmeza, potenciada por su postura regia.

—Sí, es linda, la verdad... Y extraña, ¿no? —admitió Conde, y volvió a ajustarse las gafas a las que había acudido para observar las fotografías, pero aun así cerró un poco los párpados, para ayudar a sus pupilas gastadas por los años a realizar un nuevo repaso de las imágenes—. Yo no sé mucho de esto, pero creo que nunca había visto una Virgen de Regla así, sentada... Además, tiene algo...

—Pues por eso estoy aquí, viejo. Porque tiene algo... Esta virgen es una reliquia, está con mi familia desde hace ni sé cuántos años... ¡Y es poderosa! ¡Poderosa de verdad! Conde, necesito que me ayudes a encontrar a Raydel y que me devuelva a mi virgencita. Nada más puedo confiar en ti, chico. Tienes que ayudarme, por los viejos tiempos, por la amistad, ¿no?

Apenas Bobby salió de su campo visual, Conde marcó el teléfono de la casa de su amigo Carlos y le contó el extraordinario encuentro recién sostenido. ¡Bobby Roque en persona! ¡Bobby destapado! ¡Santero y negociante! ¡Robado en alma y bienes por un Adonis santiaguero! Y Carlos le hizo prometer que, en cuanto tuviera un chance, se llegara a verlo para que le contara en detalles la fabulosa reaparición de Bobby Roque Rosell. Y que de camino comprara una botella de ron, por supuesto. Y que no se olvidara de que faltaba un mes para su cumpleaños y ellos... Conde se despidió.

Necesitado de respuestas y alivio a sus asombros, tomó un taxi particular en la calzada del barrio. En el trayecto hacia la casa de Yoyi el Palomo, fue meditando en lo que le había sucedido. Su antiguo compañero quería contratarlo: la amistad era la amistad; pero los negocios, los negocios, dijo Bobby, y le ofreció pagarle sesenta dólares diarios (la palabra sesenta empezaba a mejorar su fonética y sobre todo su semántica) y mil si le recuperaba la virgen. ¿Tan fuerte resultaba su devoción por una imagen específica?

